



Galeano, el azar, el autoritarismo y yo

Gustavo Verdesio¹

University of Michigan
verdesio@umich.edu

Nunca fui un experto en la obra de mi compatriota Eduardo Galeano. A lo sumo estudié (eso sí, con detenimiento) su obra más exitosa y acaso más lograda: *Las venas abiertas de América Latina* (1971). De hecho, la he usado en más de una vez, con provecho, en mis cursos de introducción a la sociedad y cultura coloniales. Tampoco he sido un gran *fan* de su persona pública y mucho menos de la privada, a la cual jamás tuve ni quise tener acceso —a pesar de haber tenido que sufrir, por un periodo que prefiero no cuantificar, las consecuencias de su presencia (y la de su infaltable séquito de creyentes y adoradores) en mi lugar preferido en todo el mundo: el Café Bacacay de Montevideo. Sin embargo, por esas vueltas que tiene la vida, de la noche a la mañana me sorprendí a mí mismo escribiendo su obituario para *Infojus* (más sobre este malhadado sitio web en las líneas que siguen), un análisis de *Las venas abiertas* para *Radar* (suplemento de *Página 12*), y dando una entrevista sobre el recientemente fallecido autor para el programa radial *Suena tremendo* (CX 14, *El Espectador*, Uruguay).

Aunque parezca mentira, la causa de tanta relación entre Galeano y este escriba parece haber sido un mini-obituario que escribí, sin pensarlo demasiado, en mi página de Facebook. Como en muy pocas ocasiones en mi ya larga historia como usuario de dicha red

¹ **Gustavo Verdesio** (Ph D, Northwestern University, 1992) Associate Professor del Departamento de Romance Languages and Literatures y del Programa de *Native American Studies* en la Universidad de Michigan. Da clases sobre la época colonial latinoamericana, sociedades indígenas precolombinas, y cultura popular. Una versión corregida y aumentada de su libro *La invención del Uruguay* (1996) ha aparecido como *Forgotten Conquests* (Temple UP, 2001). Es coeditor (junto a Alvaro F. Bolaños) del libro *Colonialism Past and Present* (SUNY P, 2002). Ha editado un número de la revista *Dispositio/n* (#52, 2005) dedicado a la evaluación del legado del grupo latinoamericano de estudios subalternos (Latin American Subaltern Studies Group). Sus artículos han aparecido en diversos libros y revistas especializadas tanto de literatura y estudios culturales como de arqueología: *Trabajos de Arqueología del Paisaje*, *Arqueología Suramericana*, *Bulletin of Hispanic Studies*, *Revista de Estudios Hispánicos*, y *Revista Iberoamericana*, entre otras.

social, me vi apabullado por los “me gusta” (o *likes*) que provocó el antedicho mini-obituario: más de 180. Una posible causa para tanta efusión *facebookiana* es que tanto mis amigos como mis conocidos tienen, a través de las conversaciones que han mantenido conmigo sobre la obra y la persona de Galeano, la certeza de que dicho autor nunca fue, como se dice en jerga popular, santo de mi devoción. Pero parecería que a cierta edad (la mía, por ejemplo), la muerte (ese gran sponsor, como dijo otro autor compatriota, Horacio “Corto” Buscaglia) de los otros puede operar cambios en la gente, o hacerla reflexionar sobre temas o individuos sobre los cuales hace tiempo que no reflexiona, probablemente debido a que las opiniones, como todo lo humano que no se usa o ejercita en esta vida, se anquilosan. Lo cierto es que, sea cual fuere la razón que me impulsó a escribir esa notita en Facebook, lo hice con espontaneidad y sin apegarme excesivamente a mis opiniones pasadas. En parte porque desde que pasé los 50 (la flor de la edad, según el escritor Pedro Camacho) estoy cada día más atento a mis posibles tendencias al envejecimiento o a la petrificación; en parte porque todos, no solo yo sino también Galeano y, por sobre todas las cosas, la izquierda, cambiaron bastante desde que mis opiniones sobre ese autor se empezaron a volver estalactitas de pensamiento. Hecha esta introducción, no considero un despropósito el someter a los amables lectores a esas breves líneas que provocaran tanta aprobación el día mismo del fallecimiento de Galeano:

Sé que en algunos círculos no es *cool* decir esto, pero se acaba de morir un intelectual fundamental de la izquierda latinoamericana. En el pasado más remoto, un gran divulgador del pensamiento académico (en particular, de la teoría de la dependencia), en tiempos más recientes, una voz que siempre se alineó con los llamados nuevos movimientos sociales. Casi siempre me molestó su estilo, pocas veces he estado de acuerdo con él, y nunca le perdoné que fuera habitué del Café Bacacay y que me lo invadiera con su *posse*, pero sigo pensando que *Las venas abiertas* es un gran libro y que *Memoria del fuego* es el mejor texto sobre la época colonial producido por un no-especialista. Que en paz descanse.

La historia que quiero contarles no termina allí sino que, más bien, encuentra en esa cadena de episodios y textos, su comienzo. El obituario para *Infojus*, portal de información dependiente del Ministerio de Justicia argentino, es el texto que dará pie para el final provisorio de esta breve historia que les estoy contando. Antes de relatar las vicisitudes por las que ha pasado, cumplo con reproducirlo fielmente, por razones que (para los no-argentinos) quedarán más claras en las páginas siguientes:

Para los que ya peinamos unas cuantas canas, el nombre de Eduardo Galeano genera una serie muy variada de reacciones. Para algunos (muchos más de los que parece), es todavía el gran intelectual de la izquierda latinoamericana, en tanto que para otros (una minoría con títulos universitarios de posgrado y/o con experiencia en la investigación académica), se trata de un intelectual público que muchas veces habla por hablar y otras repite clisés cuya mayor virtud es la de interpelar a las masas bienintencionadas. Estoy seguro que, como casi siempre, estas visiones extremas dejan fuera mucho más de lo que incluyen y que, como todo ser humano, Galeano no puede ser explicado con breves definiciones —del mismo modo que, como bien explica el narrador de *Citizen Kane*, una persona no puede ser definida por una sola palabra, por importante que ella sea.

Ante todo cabe decir que Galeano fue un gran difusor de la teoría de la dependencia y fue en ese papel que saltó a la fama internacional. *Las venas abiertas de América Latina* sigue siendo un best seller que parece no decaer en popularidad: desde el Subcomandante Marcos a Zach de la Rocha, pasando por el finado Hugo Chávez, han manifestado su admiración por ese texto. La influencia del mismo es innegable, no solo numérica, sino también cualitativamente: se trata de un texto que, si le hemos de creer a todos los que lo afirman (en los últimos minutos me lo han comunicado tres personas), tuvo la capacidad de cambiarle la vida o la forma de ver el mundo a una cantidad importante de seres humanos de distintas generaciones y de múltiples lugares geográficos. Además, la teoría de la dependencia, que es el conjunto sistemático de ideas que subyace a ese best seller, nunca habría tenido tanta llegada ni tantos adherentes si no hubiera existido esta obra de Galeano —las obras de Gunder Frank, Cardoso, Faletto y tantos otros son, comparadas con *Las venas abiertas*, un verdadero plumazo, como corresponde a obras de contenido e intención académicos.

Si Galeano hubiera escrito solo ese libro, ya habría habido un lugarcito para él en el canon latinoamericano —es decir, en la lista de libros fundamentales que uno debe leer para ser un buen ciudadano en una cultura determinada. Sin embargo, hay otros libros suyos que merecen atención. En estas líneas voy a limitarme a destacar otra gran obra de difusión, acaso más “seria” y elaborada que *Las venas abiertas*, que se aboca a la difusión y comentario de una serie impresionante de textos coloniales, tanto canónicos como olvidados: *Memoria del fuego* —que se trata, según creo, de la obra más erudita sobre la época colonial escrita por un no-especialista. En ella se encuentran los textos que mejor pintan el terrible desencuentro entre sociedades y culturas, entre cosmovisiones y sistemas económicos, que tuvo lugar a partir de 1492. Con buena y entretenida prosa, a pesar de las frecuentes caídas en cierto facilismo que caracterizó buena parte de su obra, Galeano nos ofrece en esa serie de libros un amplio, intenso y conmovedor retrato de esa época que marcó el destino del continente sudamericano hasta el día de hoy.

No voy a hablar del resto de su vasta obra, pero sí a afirmar que su papel como intelectual público fue, más allá de las discrepancias o acuerdos que uno pueda

tener con sus dichos (en mi caso, lo más común fue el desacuerdo), sencillamente irreprochable. En una época en que esa figura está en vías de desaparición, su compromiso con lo que él consideraba su función es admirable: siempre estaba listo a dar opinión y esa opinión siempre favorecía a los más desposeídos. Tampoco le tuvo miedo a criticar a gobiernos de izquierda o de centro izquierda si le parecía que no estaban haciendo las cosas bien. Es decir, su papel de intelectual público de izquierda no le impedía opinar libremente sobre temas espinosos en los que la izquierda no se comportaba con la coherencia que él reclamaba.

Por supuesto que ese continuo salir a la palestra a airear sus opiniones tuvo su costo: muchas veces sus palabras sonaban a clisé o a una versión politizada de Paulo Coelho. Esto, como es de esperar, causó irritación entre aquellos intelectuales que creen (creemos) que a la gente hay que hablarle de manera menos facilonga, pero la llegada (con éxito) de su mensaje a vastos sectores de la población es innegable. Y si bien a algunos no nos gustaba su estilo acaso demasiado populista (en el peor sentido de la palabra) y tampoco nos convencían muchas de sus opiniones (se había acostumbrado a opinar sobre todos los temas que le preguntaran los periodistas), lo cierto es que en este mundo derechizado, donde el capitalismo impera de manera soberbia, impune y sin que se le oponga casi resistencia, su opinión (siempre posicionada desde una mirada subalternista y anticapitalista), su compromiso y su coherencia ideológica, se van a extrañar. Que en paz descanse.

Hasta aquí el obituario —el cual, dicho sea de paso, escribí en aproximadamente 45 minutos a pedido de Ana Fornaro, poeta y periodista oriental que trabajaba por aquel entonces y hasta hace poco en esa agencia de información, quien lo necesitaba “ya” o algo por el estilo. Ese mismo día, Martín Pérez, de *Radar*, me pidió algo para el número siguiente de ese suplemento. Se me ocurrió hablar de un libro increíblemente exitoso pero también repudiado por muchos, por razones que siempre me parecieron, en algunos casos, peregrinas, en otros, ingenuas, y en otros, simplemente malintencionadas. Incluso el propio Galeano, poco antes de su muerte, renegó parcialmente de ese libro, que no es otro que *Las venas abiertas*. Me pareció oportuno reivindicarlo desde varios ángulos —el creativo, el composicional y, sobre todo, el político— y de paso sembrar la duda sobre la supuesta obsolescencia de la teoría de la dependencia en su versión de izquierda —que también las hubo de derecha. En esos días todo parecía señalarme el camino, dirigirme hacia el balance de una vida y hacia la reflexión sobre la obra de Galeano. Eso ocurría allá por abril del año 2015.

Hagamos ahora una elipsis y trasladémonos en el tiempo a un momento que podríamos situar, aproximadamente, a mediados de febrero del 2016. Por esas fechas tuve el agrado y el honor de ser contactado por un colega mexicano experto en la obra de Galeano, Román Cortázar Aranda, quien manifestó su interés en entrevistarme para hablar del influyente autor fallecido. Aun sorprendido por la situación, le manifesté al citado colega que yo no era un experto en Galeano y que ni siquiera lo había conocido, a lo que él contestó que, de todos modos y debido a lo que leyó en mis textos, le seguía interesando entrevistarme. Me dijo, además, que no había podido acceder al obituario que hice para *Infojus*. Esto último me pareció raro: si él sabía que ese texto existía era porque lo había encontrado en internet, única plataforma en la que está disponible —no existe copia en papel, hasta hoy, de ese apresurado *textículo*. De modo que, a pesar de mi perplejidad, me fui a buscar esa nota para mandársela en formato pdf. Cual no fue mi sorpresa al descubrir que, si bien Google mostraba un enlace para ese texto, el mismo ya no estaba disponible en dicho portal de noticias. Acto seguido inicié otra búsqueda, sospechando (razones no me faltaban) un posible acto de barbarismo y silenciamiento de parte del gobierno argentino de turno y, ya sin sorpresa alguna, comprobé que la situación de mi humilde opúsculo no difería de la de muchos textos más que habían sido parte de ese portal: el nuevo ministro ordenó hacer inaccesibles los contenidos del mismo. Esta acción debe de ser parte de una clase conformada por escasísimos miembros, dado que no conozco casos (excepción hecha de los que se registran en el marco de los gobiernos de facto) donde se exhiba tanta saña por las opiniones y las realizaciones del adversario —que para esta gente parece más bien ser un execrable enemigo mortal.

Me pregunto qué habría dicho Galeano, en su nunca abandonado rol de intelectual público, sobre las acciones de silenciamiento que se vienen dando repetidamente en la Argentina desde diciembre del 2015. Me pregunto, también, qué azares, qué causas y qué efectos hacen que nos vinculemos, en presencia o virtualmente, material o simbólicamente, con personas que usualmente no ocupan un lugar preponderante en nuestras vidas o en nuestros pensamientos. Por último, todavía estoy tratando de entender la abigarrada serie de conexiones que produjeron esta narrativa que me ha llevado a incluir en un mismo texto los nombres de Galeano, *Infojus*, Café Bacacay y la sombra siniestra del autoritarismo y la intolerancia.